

El lobo y la zorra

El lobo y la zorra

Hace mucho tiempo, en las alturas de los Pirineos, donde el viento silba entre las rocas y las astillas brillan como diamantes, vivía un lobo grande y orgulloso. Este lobo, con el pelaje gris oscuro y los ojos amarillos como el sol de otoño, siempre iba presumiendo de ser el animal más fuerte y valiente de todas las montañas. Pasaba los días paseándose por los riscos, asustando a los rebecos y gritando a todo el que quisiera escuchar:

—¡Nadie es más poderoso que yo! ¡Soy el rey de estas montañas!

Cerca de allí, entre las piedras y las hierbas de montaña, vivía una zorra pequeña pero muy astuta. Su pelaje era del color de la tierra rojiza y sus ojos brillaban como si guardaran un secreto. La zorra escuchaba las fanfarronadas del lobo, pero no decía nada. Sólo observaba y sonreía por debajo, porque sabía que la fuerza no lo es todo en la vida.

Una noche, cuando el sol empezaba a esconderse detrás de las montañas y la frialdad de la noche se acercaba, la zorra volvía a su madriguera llevando entre los dientes un buen trozo de butifarra que

había encontrado en el camino. El olor de la butifarra, frita y crujiente, se esparcía por el aire, y el lobo, que pasaba por allí, lo olió al instante.

—¡Eh, zorra! —gruñó el lobo, plantándose frente a ella—. Esta butifarra es mía. Dámela ahora mismo o verás qué pasa.»

La zorra, sin perder la calma, dejó la butifarra en el suelo y miró al lobo con sus ojos vivos.

—Claro, señor lobo» —dijo con voz suave—. Usted es el más fuerte, y yo no quiero problemas. Pero si me permite, tengo una propuesta mejor.»

El lobo frunció las cejas, intrigado.

—¿Qué propuesta? —gruñó.

—Mire» —continuó la zorra—, más allá de esta colina, en mi madriguera, tengo no una, sino dos butifarras, tan bonitas como ésta. Si me ayuda a atravesar el río Segre, que va muy crecido por las lluvias, las voy a dar a usted.»

El lobo se lamió los labios al pensar en dos butifarras en vez de una.

—¡Trato hecho! —exclamó—. Pero no intentes engañarme, zorra.»

—¡Nunca! —respondió ella, llevándose una pata en el pecho como una solemne promesa.

Juntos, se dirigieron hacia el río Segre, cuyas aguas bajaban con fuerza desde las montañas. Cuando llegaron, la zorra señaló un puente estrecho hecho de cañas entrelazadas, como los que hacían los campesinos de la zona.

—El puente es frágil» —explicó la zorra—. Será mejor que usted pase primero, señor lobo. Su peso le hará más estable para cuando yo cruce después.»

El lobo, hinchado de orgullo, no lo pensó en dos ocasiones.

—¡Claro! —dijo, y sin más, pisó el puente.

Pero apenas puso sus pesadas patas sobre las cañas, éstas empezaron a crujir y a ceder. El lobo, asustado, intentó retroceder, pero ya era tarde. Con un gran crujido, el puente se quebró, y el lobo cayó a las aguas frías del río.

—¡Auuuu! —aulló, mientras la corriente lo arrastraba río abajo.

La zorra, desde la orilla, no pudo evitar reírse.

—¡El más fuerte no siempre es el más listo, señor lobo! —le gritó, mientras el lobo desaparecía entre las aguas espumosas.

Con el tiempo, el lobo logró salir del río, mojado y temblando de frío. Desde ese día, dejó de presumir tanto y aprendió a respetar a los otros animales, especialmente a la pequeña zorra, que le había dado una lección que nunca olvidaría.

Y así, en los Pirineos, se cuenta esta historia para recordar que la inteligencia y la astucia pueden ser más poderosas que la fuerza bruta, y que la humildad es una virtud que todos deberíamos cultivar.